

## EL CONFLICTO DEL CUERNO DE AFRICA

Debemos decir, mejor, los conflictos, pues son varios los que se han producido en el juego de intereses superpuestos de las naciones del área y de las regiones, con acusada individualidad, dentro de las mismas, pertenecientes a núcleos étnicos distintos y, por supuesto, de las potencias exteriores, en especial de las superpotencias. En este caso, hemos visto, como regímenes políticos del mismo signo, nacidos de revoluciones interiores y apoyados por la superpotencia socialista, han llegado al choque demostrando, como en el caso de China, que las afinidades ideológicas se borran ante los intereses nacionales. En el caso de Africa los sentimientos nacionalistas no se han visto satisfechos, en la mayoría de las nuevas naciones surgidas, tras el fin del colonialismo, porque las fronteras, que la OUA se comprometió a respetar, no coinciden con las unidades étnicas, como es el caso de Etiopía, Somalia y Kenia, o con anteriores agrupaciones estatales como es el de Argelia, Marruecos y Mauritania. En el primer caso, regímenes ideológicos del mismo signo y protegidos por la misma nación, aunque distintos racialmente, se han enfrentado, rechazando uno—Somalia—a su protector y, en el segundo, ha sucedido esto con países hermanos en raza, lengua y cultura, aunque con regímenes políticos opuestos. En ambos casos, el interés de las grandes potencias está centrado en el dominio de una zona importante, desde el punto de vista geoestratégico, que en el primero es la entrada al Mar Rojo, flanqueada por los dos Yemen, por un lado, y Somalia, Yibuti y la región eritrea de Etiopía, por otro. En el segundo es la zona de costa atlántica situada frente a las islas Canarias. Ya vemos entonces la influencia que mantiene vivos los conflictos.

Ciñéndonos al conflicto objeto de este estudio, aparte del interés de la URSS de controlar una vía marítima por la que pasa la mayor parte del petróleo árabe e iraní que se envía a Occidente y que es obligada para el acceso de su flota al Océano Indico, está el hecho, no desdeñable, de que todas sus costas son de países pertenecientes a la Liga Árabe, es decir, hostiles a Israel, con excepción de Etiopía, y

para eso la región costera de ésta es Eritrea, afín a dichos países, por su mayoría musulmana, y en revuelta permanente contra su Gobierno central. Con esto quiero decir que se han aprovechado todas las vulnerabilidades divisivas existentes en Etiopía, no sólo para imponer el control en una zona determinada sino para quitar exclusividad al conflicto fundamental de Oriente Medio, el árabe-israelí. Así se ha visto la natural ayuda de un régimen íntimamente ligado a la potencia americana, como es el israelí, a uno totalmente opuesto ideológicamente e implantado y sostenido por su gran rival y que un régimen socialista como es el de Siaad Barr sea protegido por regímenes tan conservadores como son las monarquías árabes e iraní. Lo mismo sucedió con el conflicto del Líbano y de este modo, Israel impide que la atención mundial y la de las grandes potencias se concentre en su zona vital y con ello gana un tiempo que se le va haciendo dramáticamente escaso.

El conflicto del Cuerno de Africa nace del hecho de que la realidad de Etiopía es la de ser un Estado con distintas nacionalidades, a pesar de su historia de tres mil años o más de independencia, bajo una monarquía que era consustancial al país y respetada en amplios sectores no sólo occidentales, sino también del Tercer Mundo. Los nuevos tiempos, que van contra todas las estructuras feudales, la sequía prolongada y el mal manejo de los asuntos interiores, agravado éste por una confianza excesiva en la personalidad de su emperador, trajeron la caída de este imperio milenario y la exaltación de las tendencias centrifugas de sus diferentes nacionalidades apoyadas por sus vecinos afines y también por las grandes potencias según su conveniencia. El mundo occidental, dirigido por Norteamérica, contribuyó a la caída del que era un fiel aliado e impidió que nadie de su familia pudiera sucederle en una transición, que hubiera evitado una ruptura tan violenta, al destruirle psicológicamente, haciendo contrastar su enorme riqueza, depositada en bancos extranjeros, con los miles de muertos por hambre y resaltando la defraudación de gran parte de los fondos de ayuda que se recibieron de ese mundo occidental para paliar la catástrofe.

Todo esto era cierto y también la mala actuación de la familia imperial ante la crisis y frente a su primer ministro lo que trajo la activación de las fuerzas divisivas del país y dejó el terreno abonado para la acción de las fuerzas revolucionarias impulsadas y ayudadas por la Unión Soviética, pero el mundo occidental podía haber seguido otra política y haber evitado muchos miles de muertos. Los lazos de las regiones con el poder central se aflojaron y estallaron las diferencias ra-

ciales y religiosas de un modo violento. Estas diferencias eran particularmente fuertes en Eritrea y en la región somalí del Ogadén, pero también se hicieron importantes en las regiones de Ualega o Uolega, lindante con Sudán, en la de los Oromos, llamada antes Gallas, enemigos tradicionales de los Amhara, a una de cuyas ramas, la Choan, pertenecía la dinastía reinante que comenzó al final del siglo XIX con el emperador Menelik y suprimió la autonomía de los Gallas. Esto mismo sucedió con otra tribu de Etiopía septentrional, la de los Tigres y, por último, otra región con tendencia al separatismo es la de los Afars, del mismo grupo humano que una de las dos principales agrupaciones étnicas de la vecina Yibuti. Este estallido de fuerzas divisivas amenazaba con dejar la tradicional Etiopía reducida a la antigua Abisinia cristiana, la región de las altas mesetas centrales, poblada por los Amhara, sin salida al mar<sup>1</sup>. Los militares que trajeron la revolución y el derrocamiento de Haile Selassie y los que les sucedieron después no deseaban eso, pues siempre el militar tiene el ideal de una patria unida y en esto no son una excepción los socialistas revolucionarios. Lo que sí puede haber sucedido en el África negra es que un militar que se haya hecho con el poder pertenezca a una tribu o un grupo de tribus que, para mantener dicho poder, someta a una terrible represión, e incluso a masacres, a los miembros de otra tribu que pretendan oponérsele.

Estas luchas internas han estado presentes en Etiopía no sólo en forma de luchas entre minorías étnicas, sino de grupos políticos del mismo signo socialista y que contribuyeron a la caída del imperio del León de Judá. Por supuesto que los movimientos que encarnan las minorías étnicas citadas también tienen su matiz y, a veces, también están divididos ideológicamente.

Un buen conocedor del país, el profesor inglés Patrick Gilkes, antiguo profesor invitado en la Universidad Haile Selassie, de Addis Abeba, reseña en un interesante artículo, publicado por la revista *The World Today*<sup>2</sup>, los principales movimientos existentes durante el imperio de Haile Selassie y la acción de las fuerzas armadas que trajo su caída. El más importante es el llamado Frente de Liberación Eritreo (FLE), que ya se levantó en armas casi inmediatamente de producirse la federación de Eritrea con Etiopía a lo largo del período comprendido entre 1952 y 1962. Es, como todo el mundo sabe, un movimiento de independencia, no sólo basado en la diferencia religiosa, sino que

<sup>1</sup> Comprenden algo más de la mitad de la población de la nación. Entre un tercio y un medio son musulmanes, la mayoría de ellos pertenecientes a los grupos étnicos de los oromos y, sobre todo, los eritreos.

<sup>2</sup> PATRICK GILKES: «Ethiopia a real revolution?», *The World Today*, enero de 1975, p. 20.

fue estimulado por la mala actuación del Gobierno en la región, a quien en el parlamento regional continuamente se le acusaba de corrupción. En un principio, había mayoría por la federación; pero, poco a poco, principalmente entre los explotados campesinos, se alzaron las voces de protesta y, con los años, el movimiento, hábilmente explotado por los agentes de la URSS, se hizo revolucionario socialista, aunque en esto hay diferencias internas, pues los países musulmanes conservadores del área también ejercen su acción, en especial Arabia Saudita, lo mismo que ocurre en Somalia.

También en el sur, por esas fechas, se hizo oír un movimiento, en la provincia de Bale, protestando asimismo del mal gobierno, y aunque se le consideró unido al Frente de Liberación de Somalia Occidental (FLSO), lo que ha quedado del mismo, desde el año 1960, en que comenzó a actuar, ha sido otro movimiento revolucionario socialista, que se ha autodenominado Frente de Liberación Nacional de Etiopía (FLNE), con lazos con el FLE. En las demás provincias también había movimientos de descontento de este tipo, protestando contra los impuestos, contra la explotación excesiva de los grandes señores y contra la expropiación de tierras a favor de nobles feudales, funcionarios y militares, a los que se les daban premios o pensiones, e incluso paga, en esa forma de tipo tan feudal. Esto, por supuesto, a quienes sacaba fuera de quicio era a los intelectuales, en especial a los de extracción de clases inferiores y, sobre todo, a los estudiantes. Otro grupo de oposición se encontraba en los obreros, aunque no de mucha entidad por la falta de industrialización de un país que tenía más del 95 por 100 de analfabetos, y otro muy importante, que no cita Gilkes, pero de cuya actuación posterior da cuenta, en los oficiales y suboficiales jóvenes, como el actual presidente, Mengistu Haile Mariam, que entonces era comandante.

En este delicado campo pronto se vio que ni el emperador ni los oficiales superiores tenían mucho poder, sobre todo en momentos tan delicados como los subsiguientes a 1973, con la crisis económica mundial que estalló y la terrible hambre en extensas zonas del país por la sequía tan prolongada. En el primer trimestre de 1974 los precios subieron un 20 por 100, es decir, cuatro veces más que el pasado año de 1973, en que habían subido ese mismo porcentaje en todo el año. Hubo huelgas pidiendo aumento de sueldo en ciertos sectores, manifestaciones y, en febrero, una brigada del ejército estacionada en la zona sur del país se amotinó y pusieron en prisión a todos sus jefes y oficiales, sometiéndolos a su régimen de alimentación durante unos días para que sufrieran en su carne algo de lo que ellos se

quejaban. Poco más tarde fue la 2.<sup>a</sup> división la que se levantó en Asmara, y seguidamente lo hicieron la 4.<sup>a</sup> división, de guarnición en Addis Abeba, y a la que pertenecía el comandante Menguistu Haile Mariam, y todas las fuerzas de mar y aire. La 1.<sup>a</sup> división, que constituía la guardia imperial, quedó a la expectativa, y el Gobierno del primer ministro Akliku Habtewold, que actuaba desde 1961, dimitió. Como primer ministro el emperador nombró a Lij Endalkatchew Makonnen, pero no de su agrado, sino forzado por el ejército, principalmente por el coronel Aled Zewde Tessema, miembro a su vez del Comité Coordinador de las Fuerzas Armadas (CCFA), más conocido con el nombre de *Derg*, que después del golpe de febrero se había formado. El emperador no quería nombrar a Endalkatchew, a pesar de ser un hombre muy brillante y tener el apoyo de su familia por pertenecer a la clase noble, porque mucha gente le acusaba de ser uno de los responsables del desastre del hambre, bajo el Gobierno de Akliku, pero no pudo hacer otra cosa y tampoco podría evitar su deposición posterior a pesar de su aceptación de convocar una conferencia constitucional y de que el Gobierno publicara un libro blanco en el que se prometían una serie de reformas respecto a la posesión de tierra, declaración de propiedades por los funcionarios y supresión de toda clase de excesos en esto y en la exención de impuestos. El emperador y las grandes familias ya no podían contar con las Fuerzas Armadas ni emplear con ellas sus clásicas tácticas de división porque el grupo revolucionario en el interior de las mismas se había hecho muy fuerte. Este grupo estaba formado por jefes, oficiales y suboficiales jóvenes de la 4.<sup>a</sup> división y encabezado, como hemos dicho, por el comandante Menguistu Haile Mariam, que era el alma del *Derg*. El *Derg* se componía de 120 miembros, elegidos entre todos los oficiales y suboficiales jóvenes de las Fuerzas Armadas, con ideas revolucionarias, que no evitaba el que hubiera grandes diferencias entre ellos, lo que dio lugar a tremendas luchas internas en su aspiración a hacerse con el poder. En su principio, la mayoría optó por conservar al emperador, probablemente por no sentirse todavía absolutamente fuertes al no poseer aún todos los resortes del poder, y como dice el periodista francés Damblain en un libro recientemente reseñado en esta REVISTA<sup>3</sup>, para, en nombre del emperador, llevar a cabo todas las detenciones de los miembros de la nobleza más peligrosos, y quizá también por no tener una idea demasiado clara del régimen que iban

<sup>3</sup> JEAN-MARIE DAMBLAIN: *La tragedie du Negus*, Presses de la cité, París, 1977. Recensión de Leandro Rubio García en *Revista de Política Internacional*, núm. 155, enero-febrero, 1978. página 273.

a imponer. Dentro del *Derg* había quienes deseaban la instauración de una democracia parlamentaria, con lo que seguirían teniendo el favor de los Estados Unidos y las naciones de Europa occidental, máxime teniendo en cuenta que los movimientos insurgentes eritreo y somalí eran apoyados por la URSS, en especial el último, toda vez que Somalia tenía un régimen socialista y su ejército armado y asesorado por la URSS. A esto se oponían los más revolucionarios, diciendo que el ejército no podía dejar el poder en la situación en que se encontraban, pues había el peligro de que los elementos feudales se hicieran de nuevo con el poder. Al final se decidió destituir al emperador e instaurar un gobierno militar provisional (GMP), a cuyo frente se pondría un militar de prestigio, querido y respetado en el país. Esta decisión se veía venir, pues el emperador, aislado totalmente, ya que no sólo hicieron desaparecer a sus consejeros, sino que hasta las secretarías le quitaron, sólo les servía ya de estorbo. Fue el 12 de septiembre de 1974, y de lo publicado en diversos medios de información por los observadores extranjeros en el país, el responsable principal del derrocamiento fue el comandante Menguistu. Como presidente del GMP se nombró al general Aman Michel Andom, a pesar de no pertenecer al *Derg* y ser anticomunista, que había dirigido la victoriosa campaña contra los somalíes en 1964. Su prestigio era grande en el ejército, y en el país era muy respetado por su patriotismo y su deseo de hacer de Etiopía un Estado moderno en el que imperara la justicia. El caso de Andom es algo parecido al del general Naguib en relación con el teniente coronel Nasser después de la revolución egipcia de 1952, y lo mismo que sucedió en Egipto, el general Andom, al querer ser algo más que una figura decorativa, respetable, para dar buena cara a la revolución, pero sin mando efectivo, fue destituido el 23 de noviembre de ese mismo año de 1974. Este mismo día fue muerto, al resistirse a ser arrestado, junto con dos oficiales que le acompañaban. Tras ellos cayeron, en un baño de sangre, muchos más oficiales y altos funcionarios, entre ellos ex miembros del Gobierno, como los antiguos primeros ministros Akliku y Makonnen, un nieto del emperador y otros hasta un total de sesenta. Sin embargo, no debe creerse que esto fue sólo un estallido de rivalidad personal entre Menguistu Haile Mariam y el general Andom, al que el primero veía dispuesto a hacerse con el poder efectivo, sino temor a que siguiera el programa decretado por el *Derg* bajo el influjo de Mariam. Este era mucho más radical en sus actitudes respecto a las personas destacadas pertenecientes al anterior régimen y también frente a los movimientos de liberación, especialmente el

eritreo, el más activo y difícil de dominar. Andom, que era eritreo, aunque no musulmán, no deseaba la independencia del territorio, pero sí un acuerdo político que entrañara un cierto grado de autonomía, y respecto a los detenidos, entre los que había ex ministros y ex generales en gran cantidad, acusados de corrupción y de contrarrevolucionarismo, deseaba tuvieran un juicio normal a cargo de tribunales de justicia. Menguistu se oponía a cualquier clase de autonomía, en el primer caso, y, en el segundo, su norma desde el principio había sido la de los juicios sumarísimos. Por eso, en cuanto desapareció Andom, el GMP envió una expedición armada a Eritrea y siguieron los juicios sumarísimos y las ejecuciones, que alcanzaron incluso a personajes en estrecha relación con el *Derg* y el GMP, como el susodicho coronel Alem Zeude, entre otros. Colin Legum dice a este respecto:

«Estos puntos de vista conflictivos produjeron una lucha por el poder dentro del *Derg*, en la mitad de 1974 y en la primera parte de 1975, resultando en una serie de purgas que, progresivamente, estrecharon la base de poder de los que resultaron victoriosos. Lo que comenzó como un movimiento popular de reforma, con un considerable apoyo por parte de todo el país (excepto Eritrea), se convirtió en una tiranía. Las libertades y las instituciones democráticas en embrión, que habían empezado a echar incipientes raíces en los primeros días del régimen militar, con una optimista promesa de una nueva era después del largo confinamiento en un periodo feudal, estaban aplastadas más fuertemente que nunca anteriormente. Las prisiones estaban repletas de oponentes políticos; muchos más de los que hubo en el peor periodo del Gobierno del fallecido emperador»<sup>4</sup>.

Esta situación de inseguridad hizo que los intelectuales y técnicos que no estaban en la cárcel huyeran al extranjero y que la economía se deteriorara. Hizo también intensificarse los movimientos de secesión y hasta las naciones de Africa se mostraron hostiles al gobierno del *Derg*. Esto dejaba un terreno muy abonado para la intervención de la URSS, con la ya clásica colaboración de las fuerzas cubanas, en primer lugar, y otras de países del bloque comunista o protegidas por él. Al convertirse Menguistu en la cabeza visible del poder, ya como coronel, no se había decidido aún a instalar un régimen de tipo marxista. El sabía que su porvenir y el del país estaban en juego y su sola idea en aquel momento era mantener la unidad de Etiopía.

<sup>4</sup> COLIN LEGUM: «Realities of the Ethiopian revolution», *The World Today*, agosto de 1977, página 307.

«Etiopía, primero», era su *slogan* clave. Esto hizo pensar a la gente que su régimen sería de tipo autoritario y por eso ya comenzó a ganarse la hostilidad de algunos grupos marxistas y, sobre todo, de los estudiantes. Al deteriorarse la situación no tuvo más remedio que decidirse y aceptar la ayuda de quien fuera, aunque fuera el mismo diablo. Fue uno de los grupos marxistas, de los varios existentes en el país, el Movimiento Marxista Etíope, corrientemente conocido por las siglas MESON y dirigido por Haile Fida, el que eligió para iniciar su singladura por esa vía. Esto le trajo la oposición de los demás grupos de esta ideología, no partidarios de un régimen militar, pues, con frase gráfica recogida por Damblain, decía que «no habían derribado una monarquía corrompida para tener un Pinochet»<sup>5</sup>. Como antes he dicho, los intelectuales y los estudiantes eran sus principales oponentes, y por eso el *Derg* anuló a éstos y a sus profesores dispersándolos por las zonas rurales, en número de 60.000, para alfabetizar a sus habitantes. El principal de estos grupos marxistas era el Partido Revolucionario del Pueblo Etíope (PRPE), el cual se convirtió en acérrimo enemigo del MESON y del *Derg*, lo que trajo una campaña de terror en la que hubo muchos muertos por ambos lados, especialmente en la capital. A este terror, llamado blanco por el Gobierno y acusado de contrarrevolucionario, se opuso el terror rojo del *Derg*, cuyo ejecutor fue el coronel Atenafu, creciente hasta nuestros días. En noviembre de 1974 fue la masacre que hemos citado, en la que cayeron los ex primeros ministros, a finales de diciembre fue la dispersión de los estudiantes y el mismo primero de enero de 1975 comenzaron las primeras nacionalizaciones de empresas del país, que continuaron hasta culminar en la reforma agraria en marzo de ese año, por la que se suprimía la propiedad privada. El 27 de agosto muere el Negus, y a este oscuro suceso sigue una serie de luchas internas, con sus consiguientes purgas, y, por fin, en la primavera de 1976, se da a la publicidad un programa político de la revolución democrática nacional etíope por el que se convertía a Etiopía en una democracia popular con base en la ideología marxista-leninista y se reorganizaba el *Derg*. Esta reorganización se completó a finales del año, creándose tres organismos: el Congreso, del que formaban los 120 miembros del *Derg*; el Comité Central, al que sólo pertenecían 40 de estos miembros, es decir, uno por cada una de las unidades armadas básicas—supongo que regimiento—; el Comité Permanente de Coordinación, compuesto por 17 miembros de la confianza absoluta del secretario

---

<sup>5</sup> *Op. cit.*, p. 112.



general, puesto para el que se designó al coronel Menguistu Haile Mariam. Esto era lo mismo existente, pero legalizado, y no gustó al asesor ideológico Haile Fida, que había estado en el principio de esta reorganización, porque pasó a pensar, como el PRPE, que esto era la sustitución de una opresión por otra más dura, con más muertos y presos que en los peores tiempos del Negus.

Para controlar Addis Abeba del modo más estricto posible y poder hacer frente a la acción de los grupos clandestinos con éxito, se crearon 294 comités de barrio, llamados *kebels*, que respondían a la técnica del «cuadrillage». Hacían a un tiempo el papel de tenencia de alcaldía, centro de alfabetización, comisaría de abastecimiento, juzgado de primera instancia, comisaría de policía, etc., y en cada una se instaló una prisión. Los habitantes de cada *kebel*—varios miles—son así controlados por pocos elementos adictos al *Derg*, porque para todo han de ir a pedir permiso a la *kebel*, sea para adquirir un objeto racionado, como para avisar que vienen parientes de otra *kebel*—obligatorio—y, por supuesto, han de asistir a todas las manifestaciones políticas o concurrir a trabajos colectivos en bien de la comunidad o a clases de formación política. Es decir, que, como digo, están estrechamente controlados. Entre esos elementos de control se cuentan los comités de defensa de la revolución, que no sólo existen en los barrios, sino en cada oficina del Gobierno o de las empresas estatales y en las fábricas; una especie de policía política paralela, a las órdenes directas del *Derg* y que están especializados en contraguerrilla urbana, y en el campo, los escuadrones de defensa, con la misma misión, y ambos formados en una escuela ideológica, todo funcionando con asesoramiento soviético. La escuela ideológica, en un principio, lo mismo que las *kebels*, estuvo a cargo del partido MESON. A qué extremo llegarían los excesos de estas *kebels* que en 1977 las autoridades del *Derg* se vieron obligadas a denunciar sus excesos y a fusilar a seis responsables de las mismas, entre ellos al temido Atenafu.

Conforme fue avanzando el año de 1976 la situación fue empeorando. La desorganización y la ineficiencia, en todos los aspectos, era manifiesta. Las luchas y el terror, en aumento. Algunos de los grupos perseguidos trasladaron su acción a la periferia del país, y así se vio que en las provincias del norte, que albergan al pueblo Tigre, se exaltó el movimiento de liberación de dicho pueblo, conocido con el nombre de Frente de Liberación del Pueblo Tigre (FLPT), y lo mismo sucedió con su equivalente en el sur, el Frente de Liberación Nacional del Pueblo Oromo (FLPO) y con el Frente de Liberación de Somalia occidental (FLSO). Además, en todas estas regiones el grupo citado

FRPE intensificó su acción, y también el partido democrático más importante, el llamado Unión Democrática Etíope (UDE), cuyo presidente es el general Iiassu Menguesha, antiguo jefe de Estado Mayor del Ejército y ex embajador en Londres, puesto al que fue enviado por el Negus cuando se mostró en desacuerdo con la política de su Gobierno. Hay en este partido personajes de categoría del antiguo régimen, algunos incluso pertenecientes o emparentados con la familia imperial, pero alineados desde entonces en una oposición de tipo progresista, que en un principio les permitió continuar su actuación con el régimen militar. Al final no tuvieron más remedio que escapar de la capital, refugiándose en la zona noroeste del país, desde donde hacen frente al gobierno del *Derg* con cierto éxito. En el verano de 1977 se produce la ruptura del MESON con el *Derg* y una intensificación del llamado terror rojo, pasando el MESON a la clandestinidad.

Completando dramáticamente el cuadro de esta división interior etíope que Menguistu se esfuerza en atajar con la ayuda de la URSS y los cubanos se encuentran las dos regiones secesionistas de Eritrea y Ogaden, también con distintos grupos de liberación, en especial la primera, y de cuya situación damos una síntesis a continuación.

Eritrea es una región de extraordinaria importancia estratégica mundial y, por supuesto, vital para Etiopía, la cual se aprecia con simplemente mirar el mapa. Estrecha faja costera del mar Rojo, de unos 1.000 kilómetros de longitud por unos 150 de anchura media y cuya zona más importante es la constituida por el puerto de Masaua y la capital regional, Asmara, ligadas por carretera y ferrocarril, continuando la carretera, principal vía de comunicación de la nación, hasta la capital Addis Abeba, que está unida, a su vez, por ferrocarril con Yibuti. Sin embargo, esta parte tan vital para el conjunto de la nación, en lucha por su independencia con el Gobierno central desde hace quince años, está prácticamente en poder de los secesionistas, salvo las citadas ciudades de Asmara, Masaua y la de Assab, que es el segundo puerto de la región, unido por una carretera costera con Masaua, pero no con Yibuti, de cuya frontera se encuentra a unos 100 kilómetros. De las informaciones procedentes de Eritrea y de Sudán, confirmadas por algunos informadores extranjeros, puede calcularse la extensión del territorio controlado por los grupos secesionistas en unas tres cuartas partes de la total de la región. Tres son las principales organizaciones que llevan a cabo esta lucha contra lo que ellos llaman ocupación etíope: el Frente de Liberación Eritreo (FLE), que es el más importante; el Frente de Liberación del Pueblo Eritreo (FLPE), que le sigue en importancia, y uno secesionista de

éste, pequeño, denominado Frente de Liberación Popular (FLP). Hay más grupos que, en estos últimos meses, se han separado de los anteriores, al amparo de la retirada de las fuerzas etíopes, las cuales dejaban armamento y material que servían para armar esos grupos, pero son de escasa importancia. Lo único que sucede es que el conjunto del movimiento eritreo de liberación se debilita a causa de su división interna y hace imposible que puedan mantener de un modo firme el territorio caído bajo su control con tanto esfuerzo en años de lucha. La división surge de la diferencia de ideologías: marxistas y no marxistas, con sus variados matices intermedios y amparados por las grandes potencias y las menores potencias de la región para servir sus intereses. Es decir, lo mismo que pasa en el conjunto de la nación, aunque en el caso eritreo parece que la condición de musulmanes pesa más que la ideología que aporten los grupos marxistas. Ahora bien, podía suceder algo de lo que sucede en Libia, donde su presidente es un musulmán ardiente y su política se une a la de los regímenes socialistas más radicales, no sólo árabes, sino otros africanos y hasta de movimientos europeos o asiáticos, en contra de los regímenes democráticos en el poder. En el caso que nos ocupa es seguro que la URSS ha ejercido una tenaz presión psicológica a cargo de personas infiltradas en sus filas para inducirles a que pongan por delante la afinidad ideológica sobre su propio nacionalismo eritreo, tal como hicieron en Angola e intentaron hacer en Somalia. También lanzaron la idea de formar una unión federal entre Etiopía y Eritrea, saltando por encima de esa diferencia entre la religión fuertemente sentida por la mayoría de los eritreos y la orientación marxista impuesta por el coronel Mengistu al Gobierno militar provisional. Si esta idea fracasa harán lo que han hecho en Ogaden contra el Frente de Liberación de Somalia Occidental, cuando acaben con este problema: lanzarles la aviación y los carros de combate dirigidos por soviéticos y alemanes orientales y la infantería cubana y otros aliados, como el Yemen del Sur, para aplastarles. En el año de 1976 ya les lanzaron fuerzas de milicias, mal armadas y mal equipadas, precedidas de muchas decenas de miles de campesinos, en una especie de «marcha verde», que terminó en una catástrofe para estos últimos. En el 1977 los eritreos tuvieron noticias de que se quería repetir la operación, y para resistir esto de nuevo estuvieron de acuerdo todos los grupos del movimiento eritreo de liberación. El dato lo ha recogido Faruk Luqman en el diario saudita *Arab News*<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> FARUK LUQMAN: «Eritrea. The enemy within», *Arab News*, 7 de junio de 1977, p. 6.

Claro, con esta acción no se ganarían a los eritreos y además soliviantarían a todos los países árabes, pues no sólo Arabia o Kuwait está a favor de la independencia eritrea, sino que regimenes como Irak han criticado a los soviéticos, y, a su vez, Menguistu ha criticado a Siria e Irak su ayuda a los eritreos. Sólo Libia, como digo, ha sido la voz discordante en la campaña árabe, advirtiendo que no se inmiscuyan las potencias extranjeras en la cuestión y aconsejando a los jefes de los grupos eritreos insurrectos que lleguen a un acuerdo con el Gobierno militar provisional etíope. Apoyan sus advertencias en que todos son revolucionarios y, por ello, deben limar sus diferencias<sup>7</sup>.

Respecto a los grupos en la región de Ogaden, de tan triste actualidad, el más importante, y prácticamente el único que agrupa a toda la población de dicha región étnicamente somalí, es el citado Frente de Liberación de Somalia Occidental (FLSO), apoyado de un modo activo por el régimen somalí del general Mohammed Siaad Barr, y a su vez apoyado éste por los regimenes conservadores árabes, principalmente Arabia Saudita, que siempre ha dedicado un gran esfuerzo a la atracción de las naciones donde existan importantes grupos musulmanes. Precisamente de esta nación partió la llamada a la solidaridad islámica, base de la política del fallecido rey Faisal y seguida por sus sucesores en el poder<sup>8</sup>.

La acción fuerte de las milicias armadas del Frente de Liberación de Somalia Occidental, en esta región, conocida en Etiopía con el nombre de Ogaden, comenzó a finales de la primavera de 1976, aprovechando el gran desconcierto a que había llegado el régimen del *Derg* y en poco más de dos meses, contando con la ayuda de Somalia, ya había expulsado a las fuerzas etíopes de dos tercios del territorio, incluyendo la estratégica ciudad de Jijiga, en la carretera que va de Addis Abeba al puerto somalí de Berbera. Casi dos años mantuvieron en su poder el territorio, pero sin conseguir conquistar las importantes ciudades de Harrar y Dire Daua, importante nudo de comunicaciones ésta, situada en la anterior carretera y en el ferrocarril que une Addis Abeba con Yibuti, aunque sí las tenían cercadas y con dos importantes vías de comunicación citadas, cortadas.

Cuando Siaad Barr adoptó la decisión citada, intensificó a un tiempo su ayuda a las milicias del FLSO con unidades de su ejército, cosa que no confesó hasta marzo del año actual y con ello obligó a Menguistu a dirigir contra esta región el grueso de su acción, en la que

<sup>7</sup> «Gamble lost», editorial aparecido en el mismo diario el 18-19 de agosto de 1977, p. 6.

<sup>8</sup> Véase FERNANDO FRADE: «La herencia de Faisal», *Revista de Política Internacional*, número 144, marzo-abril de 1976, p. 132.

se fueron embebiendo hasta 10.000 soldados cubanos y de otros países, entre ellos Yemen del Sur, además de un creciente número de técnicos y especialistas soviéticos, mandados por un general. Recibió ayuda de Irán y Arabia Saudita, en dinero y armamento, pero no de Estados Unidos que deseaba salieran todas las tropas extranjeras de Etiopía, es decir, las somalíes en Ogaden y las soviéticas y cubanas del resto de la nación. En el momento de entregar este trabajo las tropas etiopes están a punto de reconquistar la región entera y Siaad Barr ha manifestado estar dispuesto a retirar sus tropas siempre que se dé autonomía al Ogaden, que podía federarse con Etiopía o con Somalia, de acuerdo con un referéndum que debía celebrarse.

Este conflicto acaparó la atención mundial y ha servido a Mengistu para estabilizar su régimen, apoyado de un modo decidido por la Unión Soviética, quizá porque ésta previó que la acción continuada de los regímenes moderados árabes, ricos en petrodólares, secundada por la encubierta de Estados Unidos y otros países occidentales, acabarían por llevar a Siaad Barr al enfrentamiento con Etiopía, y si se erigía en vencedor arrastraría a Eritrea y Yibuti, desintegrándose Etiopía sin tener ella el control de Somalia. Era obligado actuar en favor del *Derg* y de un modo rápido e intensivo.

Por supuesto que fue Mengistu quien, con su decidida inclinación hacia un régimen de corte marxista, provocó esta acción porque, al principio de su revolución, el *Derg* contaba con la ayuda de los Estados Unidos para su abastecimiento de material de guerra y también del de Israel, para contrapesar la excesiva preponderancia de los países musulmanes vecinos apoyando a las regiones disidentes. Al encaminarse por la senda marxista, Estados Unidos suspendió sus envíos de armas y Sudán, que se había mantenido neutral, se puso a ayudar abiertamente a sus vecinos eritreos y también a los guerrilleros de la UDE. Lo mismo hicieron todos los demás países árabes, excepto Libia y la República Democrática y Popular del Yemen, que se pusieron al lado del *Derg*. Fue entonces cuando la URSS se decidió a prestarle su ayuda. En un principio quiso hacer compatible esta ayuda con la que prestaba al régimen socialista de Somalia, del cual gozaba la concesión de facilidades en el puerto de Berbera. Por esto se apresuró a dar a Siaad Barr toda clase de seguridades que no intentaba traicionar ni a los eritreos ni a los somalíes en sus esfuerzos por conseguir la autodeterminación de estas regiones, que su fin principal era el de neutralizar a los Estados Unidos en la zona y traer la paz a la misma con regímenes socialistas, es decir, libres del capitalismo explotador. Para ayudarla en esta labor de convencimiento para que ni

somalíes ni eritreos se sintieran traicionados por su envío de armas a Etiopía, que, por cierto, comenzaron a llegar en gran cantidad, vino Fidel Castro en 1977 a entrevistarse con Siaad Barr y hacerle ver lo perjudicial que era para la causa marxista en el mundo que dos regímenes adscritos a esa idea estuvieran enfrentados. Siaad Barr, frustrado por perder la ayuda de la URSS, que tenía por segura, para recuperar sus regiones reivindicadas fuera de su territorio y trasladada al que injustamente las poseía, no se dejó convencer. La URSS había apoyado un plan de paz del *Derg* por el que concedía cierta forma de autonomía a eritreos y somalíes, pero no independencia. Algo parecido a lo que Israel ha pretendido con los palestinos de la orilla occidental del Jordán y la Franja de Gaza y, como éstos, Siaad Barr se opuso terminantemente. Castro, después de proclamar la justicia de la causa etíope y pedir ayuda a los revolucionarios del Tercer Mundo para la misma, amenazada por una conspiración internacional reaccionaria, envió su primer equipo de instructores para el ejército y las milicias del *Derg*, en la primavera del pasado año de 1977. El ejército contaba con 50.000 hombres y las milicias con 300.000, estacionándose estas fuerzas, provistas de potente armamento ruso y aviación, principalmente en las zonas más conflictivas, es decir, en el Norte contra el FLPT y la UDE, en Ogaden contra el FSLO y en Eritrea, donde como hemos visto había una división completa. Inmediatamente se vio que el Ogaden iba a constituir la zona de esfuerzo principal, toda vez que el presidente somalí, Siaad Barr, comenzó a hacer declaraciones en diversos medios de comunicación, en especial de países árabes, en que comenzó a criticar a la URSS y a atacar violentamente al *Derg*, anunciando que Somalia estaba en vísperas de adoptar una decisión histórica<sup>9</sup>.

La decisión histórica la adoptó en noviembre de 1977, expulsando a más de 3.000 soviéticos que tenía como asesores e instructores de sus fuerzas armadas, y clausurando sus dos bases militares en los puertos de Berbera y Kismayu, dotadas de material de dicha nación. Además, la expulsión se realizó de un modo hiriente e insultante, como muy bien lo refleja el corresponsal de *Newsweek*<sup>10</sup>. Con Cuba aún hizo más, pues además de expulsar a 44 diplomáticos y asesores que había en el país, rompió sus relaciones con ella. Sin embargo, de nada le sirvió esto para ganarse el favor de los Estados Unidos y conseguir que éstos le enviaran una ayuda parecida a la que los soviéticos daban a los etíopes y tras los brillantes éxitos iniciales de las guerrillas del

<sup>9</sup> *Diario Al Iagash*, Kuwait, julio de 1977.

<sup>10</sup> «Booting out the Russians», *Newsweek*, 28 de noviembre de 1977.

FLSO, ayudadas por fuerzas somalíes, sostenidos durante dos años, la decisiva acción de la URSS con su ayuda en todos los aspectos: técnicos, de instrucción, de dirección —con un general ruso— masiva en armas, carros de combate, aviación y en hombres cubanos, reconquistaron todas las zonas importantes e impusieron la retirada de las tropas somalíes, sin que los americanos movieran un dedo salvo advertir a los soviéticos que retiraran también sus elementos militares y los cubanos del país. Retirarán los que crean necesarios y se dedicarán a iniciar un plan de pacificación interior e implantar una paz soviética en Somalia Occidental y Eritrea, sobre todo aquí, para utilizar con tranquilidad sus puertos.

Por parte de Norteamérica, ¿qué puede haber sucedido? En un principio, que si ayudaba al régimen del *Derg*, como había hecho con el emperador, tendría que haber pechado con la dura tarea que suponía un país tan dividido y tener la oposición de los países árabes conservadores ricos en petróleo y de Irán por las cuestiones de Somalia Occidental y Eritrea, precisamente las regiones importantes en relación con la estratégica costa sur del Mar Rojo. Ahora las cosas se han clarificado un tanto. La URSS no depende, para las facilidades en los puertos, de la incierta Somalia, trabajada por esos regímenes árabes e iraní, y los Estados Unidos pueden ahora, tranquilamente, dirigir una mayor ayuda a Somalia, a través de los citados regímenes. La URSS, por su parte, tendrá que luchar con los movimientos clandestinos que desgarran a Etiopía, particularmente con los citados costeros. Por su parte, el *Derg*, con la dirección reforzada del coronel Mengistu Haile Mariam tras el prestigio adquirido, tendrá más facilidad para unir esos grupos a su causa, salvo los citados eritreo y somalí occidental, pues a los corazones de éstos le será mucho más difícil conquistarlos, por mucho que les prometa. Si las guerrillas han tenido éxito durante tantos años, no cabe duda que ha sido por el apoyo decidido de toda la población. Claro que la URSS intentará llevar adelante su política de reconquistar el favor de Somalia y el de Eritrea sin perder el del nuevo régimen etíope, utilizando la decepción que Siaad Barr ha tenido con los Estados Unidos. Esperamos que éstos sabrán borrarla.

FERNANDO FRADE

